AÑO II. MADRID, 1 DE DICIEMBRE DE 1922. NÚM. 14.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

Director: MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER
Administradora: Srta. SARA ROSO DE LUNA Y ROMÁN

Redacción y Administración: CALLE DEL BUEN SUCESO, núm. 18 duplicado.

«Satyat nasti paro Dharma». — La religión más elevada es la Verdad. (Lema del Maharajá de Benarés.)

SUMARIO

DE OCULTISMO ESPAÑOL

EL "CURA CORCHO"

Yo he conocido muchos hombres de éstos, solitarios ascetas, maestros casi todos ellos en Ocultismo, a cuyo lado se aprende siempre aunque no desplieguen los labios, y cuya aura de santidad, al tocarnos, nos hace un momento mejores.

En *De Sevilla al Yucatán* y en *El tesoro de los lagos de Somiedo* he hablado de algunos de ellos, recubriéndolos del inevitable velo de la narración novelesca; pero me queda por hablar del famoso «Cura Corcho», célebre extremeño de principios del siglo XVIII, que corría parejas con aquel San Pedro de Alcántara, extremeño también, de quien Santa

Teresa decía, poco más o menos, en sus *Moradas:* «¡Tiene en su seco y viejísimo cuerpo la contextura de las nudosas raíces de las encinas centenarias de su tierra!»

El apodado «Cura Corcho» era todo un asceta. Un apunte biográfico de él (en lo que un no iniciado podía de él comprender) fué publicado en las páginas 80-87, tomo VI, de la extinguida *Revista de Extremadura* (1904) por el médico D. Jenaro Ramos Hernández («Hipócrates»), y de aquel apunte entresacamos, para recreo y asombro del lector, los párrafos que siguen:

Don Francisco Rodríguez Corcho Márgaro y Margarita, «el hombre de las tres borlas», nació en Torrejoncillo (Cáceres), en febrero de 1705; cursó la Medicina en Salamanca como discípulo del gran Zambrano, y para ejercer aquella facultad pidió y obtuvo bula especial del Papa Clemente XII... Al poco logró el grado de Doctor en Teología y seguidamente el de Doctor en Derecho.

Muy joven todavía (1730), obtuvo por oposición el curato de Helechosa y sus anejos, y en los años siguientes, hasta 1750, optó a la Lectoral de Calahorra y a la Penitenciaría de Toledo, ganándolas ambas. Pero es el caso que este sabio y *triple doctor*, opositor constante a cuantas prebendas se anunciaban en Salamanca, Madrid, Toledo y Calahorra..., ¡renunciaba a ellas al día siguiente de obtenerlas, para volver a su querido retiro de Helechosa y dedicarse con indecible fruición a la cura de las almas y de los cuerpos! En efecto, es un hecho real y positivo, comprobado por más de un testimonio, que el cura Corcho llegó alguna vez a Toledo el mismo día que tenía que practicar los ejercicios de oposición, y... sin ver ni saludar a nadie, dejando el humilde jumento que lo conducía al cuidado del sacristán de Helechosa, que le acompañaba, entraba en el salón de actos, hacía, como siempre, un ejercicio brillantísimo, salía del local precipitadamente, y... montando en el jumento se volvía a Helechosa. ¡Por eso dijimos al principio que el carácter del «hombre de las tres borlas» era singularísimo!

A más de triple doctor debemos añadir que era poeta, y poeta de altísimos vuelos, nuestro D. Francisco, revelando una imaginación viva y fecunda, una sagacidad picaresca y un humorismo portentoso, en que resaltaba su burlón espíritu. Tal se ve en el Memorial en verso que presentó al arzobispo de Toledo (1). Parece que hay flagrante contradicción entre el

(1) Aquí copia el biógrafo las décimas del Memorial, que pueden leerse en el lugar citado de la *Revista de Extremadura*.

texto del Memorial, donde se ve el estado de pobreza en que a la sazón se encontraba el cura Corcho, y el hecho de renunciar una y otra canonjía que ganaba por oposición... Renunciar buenas prebendas sin esperar siquiera a recibir parabienes, conceder a las riquezas y honores del mundo un olímpico desprecio, y estar, por otra parte, lleno de deudas, soportando a su lado a una turba de parásitos, como le sucedía al cura Corcho, es un hecho incomprensible que se presta a serias meditaciones...

Por los días de las celebradas décimas, fué desterrado a Helechosa otro gran poeta festivo del siglo XVIII: D. Eugenio Gerardo Lobo, capitán de Guardias y coronel de Infantería, vate jocoso y de chispeante ingenio. La causa de su destierro fué el haber caído en la desgracia del nieto de Luis XIV, Felipe V, por una redondilla en la que fustigaba a los franceses. De nada sirvieron al pundonoroso militar sus celebradas campañas en España y en Italia. Su postergación le duró toda la vida. Nada sabemos de las relaciones que mediaron entre el cura Corcho y Gerardo Lobo; pero debemos suponer que fueron íntimas (1), pues en un pueblo como Helechosa, y tratándose de dos hombres, de dos poetas de su valía, pensar que no se relacionarían íntimamente, no nos parece razonable...

Hablemos ahora del doctor Rodríguez Corcho como médico.

Por aquel entonces el doctor Pérez, vulgarmente conocido con el nombre de «El Médico del agua», consideraba a esta última, mucho antes que el abate Kneip, como la panacea universal, curadora de las enfermedades. El cura Corcho le salió al encuentro, sosteniendo los dos sabios una acalorada polémica, de la que se conservan casi únicamente los títulos de los libros o folletos que dieran a la imprenta, en los que cada cual defendió su tesis; Pérez, con acritud; Corcho, con su humorismo característico, en su *Margarita sobre el agua* (impresa en Madrid, en 4.º, calle del Olivo Baxo, por Joseph Francisco Martínez Abad, según el biógrafo extremeño don Nicolás Pérez Jiménez). En la biblioteca de la Facultad de Medicina de Madrid hay lo menos un ejemplar de tan curiosa obra. Se dice que, al replicar el doctor Vicente, escribió Corcho otro libro titulado *El corcho sobre el agua*. Lo cierto es que la polémica acaloró bastante los ánimos, aunque Corcho escribía siempre con templanza, mas con una dialéctica agridulce que descomponía al adversario.

De Corcho, como abogado, no podemos decir nada. Durante los treinta años que fué cura propio de Helechosa, se dedicó preferentemente a las Ciencias naturales, y por conocer las virtudes medicinales de muchas plan-

(1) Las naturales y lógicas que median siempre entre maestro y discípulo.

tas, y por predecir muchas veces esos fenómenos meteorológicos con rigurosa exactitud, creció su fama de una manera fabulosa, llegando a pasar por hechicero entre aquellas gentes poco cultas y a ser su nombre proverbial en todo Toledo y Extremadura. Pero él no lo supo nunca, contentándose con su escondido retiro de Helechosa, en donde seguramente dijo muchas veces con Fray Luis de León aquello de:

«Despiértenme las aves
con su cantar sabroso no aprendido,
no los cuidados graves
de que siempre es seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.»

Hasta aquí el apunte del doctor Ramos. Posteriormente ha llegado a nuestras manos, entre los papeles que poseo del finado don Juan Sanguino, secretario de la *Revista de Extremadura*, una carta en que aquél agrega, entre otras cosas, lo que sigue:

«Tengo en Navalvillar de Pela un pariente, párroco, que a una ilustración nada vulgar reunía un entusiasta cariño, tradicional en nuestra familia, al doctor Rodríguez Corcho, y a él le pedí más datos acerca de la defunción de éste, por no habérmelos querido o podido dar el actual cura de Helechosa, y ¡si viera qué cosas tan sabrosas deduzco y leo en la carta respuesta de mi primo!» «Era todavía muy niño—dice—cuando oí hablar a mi abuelo y a nuestro tío Francisco de los dos celebérrimos hermanos llamados «Los Bobos de la Pera», contando de ellos cosas admirables, tanto del que fué canónigo de Toledo como de su hermano, nuestro cura de Helechosa, de éste sobre todo. Cuando fuí a ocupar mi primer curato, Isabel, la hermana de mi abuela, me dijo: «Hijo mío, vas a la tierra del cura Corcho, de Helechosa. A él y a su hermano, llamados «Los Bobos de la Pera», los llevó a Salamanca nuestro tío el canónigo como fámulos, y ¡ya ves qué hombres salieron!» «Este canónigo—seguía diciendo mi *retia*—, antepasado nuestro, fué el primero de la grandeza de «Los Bobos de la Pera»; pero te añado que lo que por aquí he oído del cura Corcho a sacerdotes ancianos y personas ilustradas de todas las carreras no puede menos de electrizar a los que tenemos la honra de ser paisanos suyos y descender de los que llevaron a Salamanca.» Mi amigo don Matías Pazos Solano, cura de Madrigalejo (que murió el año pasado), (1) recogió la biblio-

---

(1) Yo traté de joven a este inteligentísimo sacerdote, quien, por su cultu-

teca de un tío de su madre, que fué contemporáneo o condiscípulo del cura Corcho, a la vez que los papeles de éste, y estando un día en casa de mi difunto amigo nos dijo que iba a leernos unas cartas y papeles de su tío, encontrándonos, al hacerlo, con otro legajo rotulado: *Escritos del cura Corcho*, de Helechosa. Puedes comprender nuestra alegría, que se acibaró al ver casi ininteligibles muchos de ellos y otros destrozados casi. El título de uno de aquéllos era: *La ciencia del relumbrón*, en el que fustigaba sin piedad a los pedantes, a los abogados sin pleitos y a los médicos fulleros. Otro era el ya citado de *El corcho sobre el agua;* otro la descripción que hacía de su sobrina en el día de su boda, y unas décimas casi ilegibles. Cuando nos preparábamos a saborearlo y catalogarlo todo, vino la última guerra civil, y desapareció nuestro legajo, mejor dicho, nuestro tesoro.»

«Hasta aquí—termina la carta—las admirables, las casi fabulosas hazañas de ese tipo verdaderamente novelable, según me dice Menéndez Pidal, al pedirme sus cosas para el Romancero...» Murió, se cree, en Helechosa, hacia 1770, o más bien desapareció, pues que se ignoran tanto el lugar como la fecha de su muerte.

No necesitamos ser muy linces para ver en el solitario sabio de Helechosa las características de los «iniciados», sean de la Derecha o de la Izquierda: talento excepcional, que juega con las mentes de los pedantes como con otros tantos chicos; amor a la soledad; desapego del mundo; desprecio sin límites al dinero como causa de la universal corrupción y no menor desprecio a «la ciencia oficial» de su época, demostrando ante ella que la poseía, pero sin hacer de ella título de honor ni de lucro en las múltiples oposiciones a los cargos que luego renunciaba, y, en suma, un nivel superior al de los demás; una mente pura, consagrada al estudio de la Ciencia por la ciencia, «herborizando» en los campos extremeños, como Paracelso en los de Alemania, o el Mejnur de *Zanoni* en los de Italia, porque conviene no olvidar que la Botánica-Médica es una de las ciencias predilectas de los Adeptos por el bien y el mal que con ella puede hacerse al mundo. ¿Qué otra cosa podía significar también aquello de pronosti-

---

ra e independencia de carácter mostraba a las claras, con no poco disgusto de sus superiores, la «levadura rebelde» de aquel su maestro. Él me habló diferentes veces de las inexplicables rarezas del maestro Corcho y de la sencillez con que en su huerto y casa recibía las visitas, haciéndolas sentar en humildes asientos de corcho, detalle este último que me recuerda otro análogo del asceta de Alájar, a quien se refieren el capítulo XIII de nuestra obra *De Sevilla al Yucatán*, o aquel humildísimo aristócrata Faes de *El tesoro de los lagos de Somiedo*, que ponía su escudo en el umbral, para que todos le pisasen.

car con certidumbre el tiempo y demás cosas «hechiceriles» que le imputan sus biógrafos?

Quede, pues, por la presente, agregado el cura de «las tres borlas» a la lista de los «hombres extraños» según el mundo, y de los cuales, con el polígrafo Arias Montano a la cabeza, tan pródiga se ha mostrado la Historia de nuestra patria.

R. de L.

"MANZANAS DE ORO"

Quien sabe, no perdona.—El hombre se acercó a la ortiga.

Alzó la mano para tocarla, y hubo un ¡ay! en su boca y un rubí en su dedo.

Dió con la espina y la espina le hirió.

El hombre se enjugó la sangre; y, mirando á la ortiga, le dijo: «¡Te perdono!»

Y yo admiré y bendije a aquel hombre que tenía el dulce don de perdonar...

—Y aconteció que vino otro hombre y se paró junto a la ortiga.

Y alzó también la mano para tocarla.

Y la espina le hirió.

Mas el hombre sólo se enjugó la herida. Quedóse viendo con amor la espina.

Y no le dijo: «¡Te perdono!»

—Yo pensé:

Aquel hombre era un santo. Sabía perdonar. Éste no sabe.

Mas mi Señor me interrumpió:

—Quien no sabe eres tú.

—¿Cómo, Señor...? ¿Aquél...?

—Es un santo, porque, cuando le fué preciso, perdonó.

—¿Y este...?

—Más santo aún, porque no le es preciso perdonar.

Y como yo quedárame perplejo, con vaguedad incomprensiva en los ojos, él explicó:

—La espina hiere porque es espina. Aunque quisiera, no perfumaría. Aquél sintió el dolor de la punzada, y como no sabía, juzgó culpable a la ortiga y de ella se ofendió; mas como era de limpio corazón, perdonó. Éste sintió el dolor; pero como sabía que toda espina punza, porque eso es ser espina, no nació ofensa alguna. Y como nada tenía que perdonar, no perdonó.

Desde entonces sufro menos cuando cardos me hieren. Duéleme la herida. Pero, como sabe mi alma, no hay ofensa; y como no hay ofensa no hay perdón. Y, en cambio, fluye amor piadoso para la pobre espina que aún no ha llegado a flor.

Y el dolor se me transmuta en dulzura.

Porque ya aprendí a no perdonar.—Santiago Argüello.

* * *

—Un tono amable hace mejores las buenas razones, y hacer pasar las malas.—CHATEAUBRIAND.

—La libertad no se pide de rodillas; se conquista con la espada.—CASTELAR.

—Puesto que las mujeres no consuelan a la mujer caída, es preciso que ésta se consuele con los hombres.—TEÓFILO GAUTHIER.

—Ante la gran muralla del imposible, se siente como un crecimiento de alas.—BYRON.

—¿Qué es la maldad?

Dios que se duerme en la conciencia humana.—VÍCTOR HUGO.

FUERZA E INTELIGENCIA

I

En otra ocasión dije que la materia, la fuerza y la inteligencia constituían la trinidad universal. De la materia no me ocuparé; es misión de las ciencias físico-naturales; en cuanto a la fuerza tampoco me ocuparé de todas, por pertenecer algunas al terreno de las ciencias físico-matemáticas, pero otras encuadran en un terreno especial que no es del todo del de las expresadas, ni tampoco del filosófico, y sin embargo interesa a ambos; tanto es así, que están tan íntimamente ligadas con la psicología, que es difícil en casos apreciarse dónde empiezan los efectos de lo material y dónde los psicológicos.

Toda materia está sujeta a las leyes de orden físico; pero en lo organizado (vegetal o animal) intervienen otras fuerzas, principios o leyes, que el nombre no hace al caso; la más general por su extensión lo es *la fuerza vital;* en el fondo desconocemos ésta como desconocemos las demás; sólo podemos hacer constar sus efectos, los cuales difieren en gran manera de los de las demás; así, por ejemplo, en la célula se notan movimientos propios producidos por centros nerviosos dentro del protoplasma; esa célula engendra otras que se yustaponen entre sí en forma adecuada para constituir el tejido y construyen los embriones que paulatinamente constituirán el vegetal o el animal, lo ha inducido a algunos a presumir común el primordial origen de los animales y de las plantas. No creo la deducción lógica; pudo haber analogía pero no similitud absoluta. El Creador, mediante sus leyes, al lanzar la vida a cada mundo del Universo, debió hacerlo en forma que en ellos obrase *según el medio ambiente de aquel en el cual se manifestaba;* por lo mismo la célula, sea cual fuere, debió de seguir una

marcha muy parecida en el mismo mundo. Tanto si se destina a un vegetal como si es para constituir el cuerpo de un animal, debía adaptarse a las leyes físico-químicas, a las condiciones de temperatura, presión, etc., del medio ambiente. La Providencia es lógica; lo ilógico frecuentemente es nuestro juicio; por esto mismo algunos biólogos sólo creen ver en el desarrollo y marcha de la célula y de los seres organizados un mero fenómeno físico-químico.

No; ciertamente en ello hay algo más, y ese algo más lo es la fuerza o «principio vital»; es decir, algo superior a las leyes que rigen exclusivamente a la materia, que se aproxima a los movimientos instintivos; casi podrían atribuírseles, sin hacerlo, sin embargo, a movimientos intelectuales; ¿cómo explicaremos que en una misma tierra de composición homogénea plantas produzcan substancias venenosas y otras excelentes y sanos frutos? La composición química del medio ambiente es idéntica; impulsadas por la fuerza vital, las raíces de una y otra van extendiéndose buscando la humedad, la cual las permitirá extraer y disolver convenientemente las materias contenidas en el suelo más apropiadas para cada planta; probablemente la operación se continuará mediante la respiración de sus hojas, como nuestra respiración influye poderosamente en la purificación de la sangre, y lo hace merced a movimientos propios, mientras que nosotros no podríamos extraer directamente de la tierra productos iguales sino mediante complicadas operaciones de laboratorio, y en muchos casos ni así lo conseguiríamos; pero no es ya el producto en sí lo más difícil de obtener, sino que la planta extrae todo lo necesario para el fruto, y ese fruto contiene la simiente de su especie, es decir, el «germen de otra vida» que espera hallarse en condiciones adecuadas para de por sí seguir la cadena de la creación. ¿Qué fuerza química o física es capaz de realizar tal milagro? Nadie, por sabio que sea, podrá llegar a tal resultado; es obra de los principios, de la Sabiduría Divina.

Los movimientos de la sensitiva, los de ciertas plantas insectívoras, ha hecho decir a algunos que la materia organizada, incluso la vegetal, tiene voluntad; no lo considero admisible: para que la voluntad exista es indispensable que en el sér exista *conciencia*, y nadie seriamente sostendrá que la tenga la fibra de aquellas plantas; el fenómeno será debido a la irritabilidad de aquellos tejidos, de sus fibras, mediante la cual se contraerán, tanto si las hostiga un insecto como si con un hilo provocamos tal irritación; en la tela de la araña podemos hacer algo parecido; pero en cuanto ésta nota que no apresó un insecto, suelta su presa y huye, temiendo que sea un lazo que se la tiende para matarla.

Ese principio vital lo desconocemos, y siglos pasarán sin que lo conozcamos; nunca podremos crearlo artificialmente; lo que sólo conseguiremos será ayudar su funcionamiento, facilitar su desarrollo y nada más.

El reino animal también pertenece a los cuerpos organizados; por eso mismo también siente los efectos del principio vital en cuanto a su cuerpo, que no puede sustraerse a las leyes de la vida establecidas por Dios; pero en los animales hay algo más, más sutil que la propia ley biológica o principio vital; ese algo lo es el *instinto*, que tiene manifestaciones tan diversas que a veces se le confunde con actos de la fuerza o ley vital, otras con la intuición y hasta con la inteligencia. ¿Quién es capaz de definir el instinto...? Ningún principio puede ser abarcado en absoluto por nuestra inteligencia; así, toda definición que intentemos proponer será incompleta, si no errónea; nos debemos contentar con hacer comparaciones, establecer diferencias, y de ellas sacar ideas que podrán acercarse más o menos a la verdad; nuestra inteligencia no alcanza a más; a eso pomposamente llamamos leyes.

El instinto es algo interno, indefinible; se produce automáticamente en los animales, así que suele confundirse con el principio o ley vital, y realmente en casos puede confundirse, cosa nada sorprendente, ya que en todos los órdenes en el estudio es difícil establecer fronteras, líneas divisorias. ¿Dónde empieza el reino animal y dónde termina el vegetal? Los hombres de ciencia dudan en esto, como en muchas otras cosas, al contestar; si alguno pretende ser categórico, otros rebaten sus afirmaciones con serios argumentos.

Se cree que lo que separa ambos reinos es la característica en los animales, es la facultad locomotriz; sin embargo, otros aseguran que existen vegetales que la tienen, aunque muy reducida, y en cambio animales hay que carecen de ella, que son absolutamente parásitos y no se mueven *del sitio* donde fueron depositados los huevos de donde nacieron. Sea lo que fuere, allá los sabios; es incuestionable que la facultad locomotriz es característica de la casi generalidad de los animales, y que la casi totalidad de los vegetales carecen de ella (no por contadísimas excepciones, no del todo comprobadas de un modo cierto, deja de existir una regla). La traslación es algo instintivo en el animal desde que nace, *puede escoger* la dirección que le place. En la planta los movimientos que sus raíces hacen seguramente no son facultativos, obedecen al principio vital, al inconsciente movimiento del conjunto de células que constituyen las raíces y barbas de éstas, *atraídas* por la humedad del suelo y las substancias contenidas en éste más asimilables a la especie a la cual pertenezca la planta; unas bar-

bas se extenderán por la atracción que sobre ellas ejerzan partículas infinitesimales de potasa, mientras otras harán lo propio atraídas por partículas de materias fosfóricas o nitrogenadas. Sobre las plantas es probable que actúen fuerzas atractoras de los elementos que las son necesarios, mientras que el animal *los busca por su propio instinto.*

Aparte de esto, el hecho de cerrarse algunas campánulas de día y de abrirse al anochecido no es propio, sino provocado por las vibraciones de la luz solar. El pollito, en la época de la eclosión, pica él mismo el huevo que le encierra; desde luego hay aquí un movimiento propio, pero podrá ser provocado por la falta de aire para la respiración; esto se parece mucho a los movimientos provocados por el principio vital; mayor semejanza hallaremos en los movimientos del feto en el claustro materno. Sea lo que fuere, me guardaría mucho de negar en absoluto la influencia del principio vital en los animales: ¿a qué son debidos si no a ese principio los movimientos que se producen en nuestro cuerpo para la respiración, digestión, etc..., sino a la influencia del principio vital? En ellos no interviene ni nuestra voluntad ni nuestra inteligencia; sin los efectos del principio vital no podría vivir animal alguno ni un segundo.

Hay, por consiguiente, en los animales movimientos provocados por la fuerza vital, otros por el instinto, como el del consabido pollo que a pocas horas de nacer pica la pequeña simiente que le conviene para nutrirse; el gato instintivamente caza al ratón.

El instinto en los animales va elevándose según las familias y especies a las cuales pertenezca; en momentos ese instinto llega a parecer algo como intuición, un casi *asomo de inteligencia.* Se citan cosas asombrosas, como el de ciertos imenópteros (insectos con alas membranosas como la de las abejas), los cuales, para poner sus huevos, pican los tres centros nerviosos correspondientes a los tres pares de patas de los grillos, con el fin de privarles de movimiento sin matarlos, de modo que puedan vivir unos días, los suficientes para la incubación y desarrollo de las larvas que en él deposita, de suerte que el grillo es convertido en nodriza obligada del «sphex» (que así llaman al insecto en la obra donde vi el caso).

El hecho parece requerir: 1.°, que el «sphex» *sepa* que el cuerpo del grillo contiene *todo* lo necesario para la incubación del huevo, y alimentos primeros de la larva; 2.°, que *conozca* con una *precisión* insuperable la *anatomía* del grillo.

Todo eso para el hombre requiere una porción de estudios preparatorios, perfeccionados más tarde por enseñanza técnica superior, y, por consiguiente, una inteligencia que salga de lo vulgar; además, todo un labora-

torio con su consiguiente instrumental, y un número extraordinario de experiencias; es decir, muchos lustros de trabajo. Asi y todo, si tuviese que realizar aquella operación erraria el 50 por 100 de los casos. ¿Cómo pudo aprender con tanta precisión el «sphex» todo eso? No cabe sino atribuirlo al *instinto*, probablemente guiado por alguna facultad o sentido del cual carezca el sér humano, una segunda vista penetrante, algo que equivalga a los rayos X, o un tacto tan fino que le permita conocer los nervios por sus contracciones. De todos modos el caso es sorprendente; claro que presumo que no toda esa clase de insectos utilizarán sólo al grillo para depositar sus huevos. Nada tiene de común el caso descrito, y otros que citan los naturalistas, con los movimientos de las células, ni el de las plantas; luego no es producto o consecuencia sólo del principio vital, hay algo más, y ese algo lo es el instinto. Si seguimos fijándonos en los animales, sobre todo los vertebrados, veremos que el instinto va tomando un aspecto aun de orden superior; véase el perro, que nota incluso el estado de ánimo del amo, que concluye por entender un reducido número de palabras, corto, cierto es, pero al fin y al cabo palabras son símbolos de conceptos, algo de inmaterial...; parece haber en ese, y en otros animales, un *gérmen de inteligencia, incluso de conciencia*, comprende cuándo obra bien o mal (claro no diré que precisamente tenga verdadera noción del bien o del mal; para él, obrar bien es cuando presume dar gusto al amo, y mal cuando cree que su acto le irritará).

El perro parece estar más lejos del gusano que éste de la planta; tal vez muchos de los errores de nuestros filósofos y biólogos procede de generalizar demasiado, de atenerse demasiado a la división en tres reinos consabidos: el animal, el vegetal y el mineral. Son pocas esas divisiones para todo lo que el mundo abarca, y la experiencia ha demostrado, según los sabios, que en tales reinos no siempre es fácil delinear sus fronteras.

EVARISTO GARCÍA ALEJALDRE.

Aportación literaria de España al acerbo teosófico.

(APUNTE BIBLIOGRÁFICO)

A despecho de la injusta mala fama que España tiene en el extranjero y de la incomprensión absoluta con que es mirada por éste, es lo cierto que en ningún país del mundo quizá ha sido tan abundante la literatura teosófica como en el nuestro, salvo en Inglaterra.

Se han traducido, en efecto, al castellano, tan luego como aparecieran, todas las obras de la hermosa y rica bibliografía de H. P. B., Hartmann, Sinnett, Besant, Leadheater, Arnold, Atkinson, Bhagaban Das, Blech, Bulwer Lytton, Carus, Mabel Collins, Chatterji, Curmes, Churchill, Dacier, Dalsace, Dunlop, Jacolliot, Jinarajadasa, Alcyone, Jolmston, Judje, Mead, Mitchell, Niemand, Old, Olidem, Pascal, Patanjali, Pracham, Schuré, Scott Elliot, Steiner, etc., etc. Algunas de éstas, como «Isis sin Velo» y «La Doctrina Secreta», antes que en Francia mismo. Esto se ha debido, dígase en justicia, a sólo dos hombres: el finado D. José Xifré, que costeó de su propio peculio de prócer estas últimas, con algunas otras, y el librero teósofo D. Ramón Maynadé, de Barcelona, a quienes, siquiera sea por ello, no deberá haber ningún teósofo de lengua española que no les estuviera agradecido (1).

Pero además han menudeado las obras originales españolas, y sobre ello queremos insistir en aras de la verdad, aunque, por la parte que nos toca, padezca un tanto nuestra modestia. ¡Esa relativa virtud que nunca debe preocupar a un ocultista serio, siquiera sea por el lema aquel del maharajá de Benarés, adoptado por la Sociedad Teosófica, de que, no la modestia, sino la Verdad, es la más elevada de las religiones!

Sentiríamos cometer omisiones sensibles, que no están en nuestro ánimo, pero escribimos fiados sólo a nuestra memoria, y esta última nos hace recordar en primer término los 25 tomos de la revista «Sophía», de Madrid, que suman unos millares de páginas substanciosas, desde 1893 has-

(1) Hoy mismo nos encontramos con el siguiente anuncio de la «Biblioteca Orientalista», de este hermano, que dice:

Editorial Teosófica. Apartado de Correos núm. 787. Princesa, 14, Barcelona.—*La Doctrina Secreta*, por H. P. Blavatsky, segunda edición española.—Acaba de aparecer esta obra, que se compondrá de seis tomos, tamaño 15 × 22 centímetros, los cuales irán publicándose con intervalos de tres o cuatro meses uno de otro, habiendo aparecido el tomo primero en julio de 1922. El tomo I trata de «Cosmogénesis», el tomo II enseña «Simbolismo arcaico universal», el tomo III versa sobre «Antropogénesis», el tomo IV expone «El simbolismo arcaico de las religiones del mundo y de la Ciencia y la Doctrina secreta comparadas», el tomo V compara «Ciencia, Religión y Filosofía», y el tomo VI y último ilustra sobre «El objeto de los misterios y práctica de la Filosofía oculta».

El precio de los tomos I, II, III y IV es: en rústica, 10 pesetas; en tela, 12, y en pasta, 14; y el de los tomos V y VI es: en rústica, 8 pesetas; en tela, 10 y en pasta 12. El precio total de la obra, una vez publicada, será: 56 pesetas los seis tomos, en rústica; 68 en tela y 80 en pasta. La obra se vende en tomos sueltos, a los precios señalados, para facilitar su adquisición.

ta 1914, sin hablar de otras publicaciones más efímeras, como «Anthakarana», ni de otras más recientes, como el «Loto Blanco», de Barcelona, que ya está gallardamente en el año sexto de su publicación, Hesperia y «Zanoni», que están en su año segundo (1), sin hablar de otras de América, como «Philadelphia» y «La Verdad», debidas a esos dos patriarcas argentinos que se llaman Comandante Federico W. Fernández y Dr. Alejandro Sorondo.

Abren marcha en la historia de la literatura teosófica española las obras del pitagórico D. Arturo Soria y Mata: «Origen poliédrico de las especies» y «Génesis», con otras varias en las que el genio del fundador de «La Ciudad Lineal» nos ha dado intuiciones geométrico-biológicas tan ciertas como incomprendidas. Para hallar algo semejante hay que ir a ciertos pasajes cabalísticos de «La Doctrina Secreta».

Siguen docenas, casi ciento, de pequeñas obritas, de marchamo espiritista, pero de fondo altamente teosófico, con las del venerable Quintín López a la cabeza, obras entre las que descuellan el «Diccionario infernal», «Hipnotismo fenomenal y filosófico», «La mediumnidad y sus misterios», «Magias teurgia y goética», «Los fenómenos psicométricos», etc., etc., que al detalle se pueden ver en los catálogos.

Resaltan asimismo las obras de los señores Treviño («Escritura Egipcia»), Urbano («El sello de Salomón» y «Guía espiritual», de Molinos), Aldao («El Hipnotismo prodigioso», «Magia Teúrgica», «Goecia», etc.), y de los Dres. Brioude («Antroposofía») y Alfonso («Cómo os cura la Medicina Natural» y «La salud de los niños»), amén de otras más pequeñas, y de folletos de Maynadé (Carmen, Pepita y Ramón), Climent Terrer, García Gonzalo y Garrido y otros, sin olvidar las lindas perlas educativas «Vida práctica» y «Angel femenino», de Atilio Bruschetti, obras cuyo reparto gratuito ha consumido una tirada, creo, de 40.000 ejemplares.

Y venimos finalmente a las obras del que suscribe, cuyos variados títulos son ya harto conocidos, y cuyo resumen, con o sin modestia, está hecho diciendo que componen hoy, sin contar los inéditos, ni los en prensa, 20 tomos, casi todos en 4.° mayor, y que suman *exactamente* 7.200 páginas; tomos donde, mejor o peor, aunque siempre de buena fe, hemos tratado de cuantos problemas ha hallado en el estudio de las inmortales páginas de la Maestra Helena.

Esta es, a grandes rasgos y a vuela pluma, y seguramente con lamen-

---

(1) Agregarse podrían a la lista, entre otras, las meritísimas revistas eclécticas de Tarrasa «Lumen» (año XXVII) y «La Luz del Porvenir», de Valencia.

tables omisiones, que sólo anhelamos subsanar, la aportación española al acerbo cultural teosófico. No creo que tenemos, pues, mucho que envidiar a los países más cultos, que tan poco caso suelen hacer de nosotros.

R. de L.

SIMBOLISMO DEL COLOR

APUNTE UNIVERSITARIO

El simbolismo del color es tan antiguo como el mundo, por cuanto la nota musical, el color y la figura, juntos con la geometría y el número, son la base categoremática de multitud de ideas troncales en todos los países, como más al por menor detallo en mi libro *Hacia la Gnosis*, especialmente en su capítulo «Isis-Isis».

La física más reciente rechaza la antigua idea newtoniana de que el rayo de luz blanca solar se descomponga en los consabidos colores simples: rojo, amarillo y azul, pues lo que hay es que la luz blanca es absorbida por todo cuerpo en parte, tomando un color por reflexión (el amarillo del oro, por ejemplo) y *su color complementario* por refracción (el violáceo de las láminas tenues del oro, complementario de aquel amarillo). En las típicas substancias tintóreas derivadas de bencenos, antracenos, etc., la molécula, por la asimetría de sus cadenas laterales, obra también como un prisma infinitésimo, y de aquí sus varias coloraciones.

La iniciación más remota aria y eleusina hablan de *los cinco colores sagrados* (los tres dichos, el blanco como afirmación de luz y el negro como negación de ella), colores que deben contemplar y analizar *psiquicamente* los cinco candidatos que conjuntamente se inician siempre «al modo de las cinco notas de la lira primitiva pulsada por el Maestro» *(La Doctrina Secreta*, por H. P. Blavatsky, t. III). De aquí el que los Maestros, o «Doctores de Israel», que diría el Evangelio, discípulos, a su vez, de un Maestro más alto o *Hierofante*, lleven cada uno un color: el de su aportación científica. Famoso es sobre el particular «el manto amarillo» de los Maestros brahamanes iniciados, símbolo por el oro de la Inteligencia. Las escuelas ulteriores médicas de Cos y de Guido acaso por ello tomaran el distintivo amarillo de los terapeutas, que hoy es gala de nuestra médica Facultad, y sus escolares de usted tienen en ellas y en Egipto amplio campo de información. El violeta, como color complementario del médico, del oro o amarillo, pudo constituir *complementariamente* el dis-

tintivo de la Facultad también complementaria de la Farmacia, que debe más aún a Paracelso que a los propios griegos aquellos, discípulos a su vez de los «acuinos», o divinos terapeutas celestes de los Vedas, de los que me ocupo al final de mi libro *En el umbral del misterio.* Aquellos colores pertenecían: el uno, a la serie *xántica* (del amarillo, rojo-amarillo u oro, y rojo puro), y el otro, a la serie *ciánica* (del azul, violeta y ultravioleta).

El color blanco, símbolo de la fuerza sobrehumana, ha sido siempre *color sacerdotal de los más altos Hermanos Mayores, o Directores de hombres* (Reyes Divinos de las Teogonías); y de aquí los símbolos correlativos de *el loto, el lirio blanco, la azucena, la acacia* (de *a-kakos*, «contra los ladrones»), *el azahar*, etc. «Color albus praecipue decorus Deo est tum in caeteris tum maxime in textili.» (Cicerón, l. 2 *de Leg.*, cap. XVIII.) «Colores apud R. Letores decimtur oraciones figurae et lumina.» (Ib., 3, *de Ocol.)* «Novimus quosdam qui multis apud philosophum annis persederint, et ne colorem quidem duxerit hic est nihil profecerint.» (Trastate Séneca, Epíst. 108), etc, etc.

En esto se apoyaron las conocidas coloraciones heráldicas de *gules* (rojo), *azur* (azul), *sinople* (amarillo-azul, o sea verde), *púrpura* (rojo-violeta), *sable* (negro), *plata* (blanco) y *oro* (amarillo), arrancado del simbolismo filosófico del *negro* («Tinieblas Incognoscibles», de todas las Teogonías, incluso el cap. I del *Génesis)* como anterior «por ultra-luminoso» al *blanco* (El Verbo, el Hijo-Unigénito, la Luz). Los tres planos inferiores del Mundo de la Formación inferior (el Negro inicial y el Blanco arquetípico) estaban representados de arriba a abajo por el blanco *(Atma*, la Mónada), el violeta *(Atma-Buddhi*, la Dúada), el azul *(Atma-Buddhi-Manás*, la Tríada), envueltos los Tres en Uno por el *Huevo Aurico* o Siva-Mukti, constituyendo la Tríada, la cual a su vez caía en el rojo del Cuaternario inferior, formando la Tetrada o Tetracys Sagrada de la iniciación pitagórica, como muy al por menor detallo en mi *Simbologia Arcaica.*

Estas consideraciones, no siempre bien entendidas por la Iglesia, en recuerdo vago de los colores sacerdotales, de los que habla el v. 5 del capítulo XVIII de *El Éxodo*, vino a establecer ciertas rúbricas para el vestuario sacerdotal en los actos de culto, hasta llegar a la reforma del siglo XVI decretada por Pío V, y en la que, por error, se puso el verde, que es color lunario, en lugar del *oro*, o amarillo simple, y el morado en en vez del azul.

Sacerdocio y bien excelso el de la enseñanza, que iniciar debe a la juventud en la ciencia y en la vida, los doctores médicos y farmacéuticos

medievales y los en Teología adoptaron sus colores dichos; Letras y Ciencias tomaron el azul de la espiritualidad que debe presidirlas huyendo del Materialismo o Positivismo, que es la muerte del alma, y para distinguirse entre sí las matizaron, respectivamente, de claro y obscuro. El Derecho, o, sea la Justicia del Jurisconsulto polígrafo («Divinarum adque humanarum rerum noticiae justi adque injusti sciencia»), tomó el color rojo por ser el inicial o el fundamental de la gama, como lo es la Justicia en la vida.

El Rector, como «Maestro de Maestros», usó el negro, porque él es el *color-no color* o primitivo de aquellas Inefables Tinieblas de donde brotó la Luz». Los mismos Templarios en su estandarte (de doble triángulo *salomónico* cambiado) tenían el lado del blanco de la Luz, el negro de la Ultra-Luz o Suprema Obscuridad (*El Aim-Suph* de los cabalistas y rosacruces).

EL CAMINO AZUL

El verdadero ocultista es el «artifice de su propia vida»; mientras que el hombre ordinario es una consecuencia de la «fatalidad». La labor oculta es esa lucha entre las dos tendencias del hombre: la ordenada y la desordenada. Por esto, todo ocultista debe ser ordenado, tanto en el orden físico, ético e intelectual como en su acción misma dentro y fuera de la Humanidad. Nuestra «condición oculta está escrita en nuestra aura». Debemos, pues, organizar bien nuestra aura en todos los planos concernientes al hombre... Tenemos que llegar a tener la clave de nuestro corazón. Cuando sepamos dirigir por todas «nuestras envolturas» la fuerza que emana de dicho centro espiritual, los enemigos no podrán vencernos en las regiones de la mente, porque el cambio de personalidad no es más que el cambio de posesión mental. Conseguida la posesión mental se llega al dominio de lo astral, y, desde éste, a la realización misma. El verdadero ocultista debe conocer el proceso de todas estas realizaciones...

(Del libro *Sendas Azules*, del Dr. F. W. Gándara: Otero, Buenos Aires, 1918, un tomo en 8.º con 200 páginas.)

HESPERIA *rinde público homenaje al insigne Benavente* (uno de los primeros en la lista de sus suscriptores) *por la justa distinción que acaba de recibir con la adjudicación del Premio Nobel de Literatura en el año actual.*

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.